

PEDRO CALVO HERNANDO

Periodista



El implacable es González

ALGUIEN que conoce muy bien a los dos personajes me dijo una vez: «Si un día llegara el momento del enfrentamiento directo e irreversible, Alfonso Guerra no empujaría la espada contra Felipe González y se retiraría por el foro».

Desconozco si a estas alturas la profecía conserva la validez que entonces tenía, pero me sigo resistiendo a admitir que Guerra fuese capaz, por ejemplo, de encabezar una candidatura alternativa a la de Felipe González para la Comisión Ejecutiva en el próximo Congreso Federal del PSOE.

Aquí el implacable es González, no Guerra, dicho sea en términos de relatividad comparativa.

El presidente y los renovadores están teniendo unos comportamientos contra el guerrismo que superan en dureza y crueldad las conductas más aviesas que los guerristas y Guerra hayan podido protagonizar en el pasado. Al menos así lo es en apariencia.

Yo no recuerdo que Alfonso Guerra o alguno de sus fieles haya certificado la ruina o el estado de «escombros» de ninguna otra familia socialista.

Recuerdo, eso sí, aquello de Txiki Benegas de «los renovadores de la nada», o de que «el problema es el *number one* o *dios*», pero tales cosas se quedan en frases de ursulinas si se las compara con las de Leguina o Teófilo Serrano, por ejemplo.

Alfonso Guerra zahirió en el pasado a muchas personas de otros partidos, pero nunca a compañeros socialistas.

El anterior portavoz del grupo socialista, Eduardo Martín Toval, dijo de Narcís Serra que era un gran pianista, cuando le preguntaron por su capacidad política. ¡Pues vaya terrible delito que cometió el ex portavoz parlamentario!

En fin, que algunos conocidos renovadores están cayendo con creces en los vicios que tanto criticaron a los guerristas.

REPARTO DE RESPONSABILIDADES.— Por lo demás, y en cuanto al reparto de responsabilidades en los errores del partido y del Gobierno, no creo que sea justo ni presentable cargar las culpas al guerrismo y los demás marcharse de rositas.

La manifiesta falacia que tal actitud encierra lo único que conseguirá es poner a la opinión pública del lado del guerrismo en este singular conflicto.

Todo el mundo sabe que el actual Partido Socialista Obrero Español es obra en buena medida de Alfonso Guerra y sus colaboradores, así como de las grandes victorias electorales que ha cosechado el partido.

Machacarlos o pulverizarlos, si es que eso fuese posible, a lo peor implicaría cargarse al propio partido.

A no ser que ésta sea la secreta intención de tantos «social-liberales» que se amparan bajo la bandera de la renovación y que aspiran a que Felipe González encabece ese gran partido de centro del que tanto se habla.

FRIVOLIDADES.— Evidentemente, en tal supuesto el guerrismo y Guerra estarían sobrando. Pero tampoco creo que esa sea la aspiración del izquierdista Joaquín Leguina, ni de los socialistas catalanes del PSC-PSOE, ni de muchos otros renovadores.

El futuro de este país pasa bastante por lo que suceda en el seno del partido que lo gobierna. Por eso creo que están sobrando muchas de las frivolidades y de las bellaque-

incluso más que Felipe González.

Por ejemplo, Jerónimo Saavedra, Ramón Jáuregui, Raimon Obiols o Carmen García Bloise. La desmesura no arregla nada y puede arruinarlo todo y reducirlo todo a escombros. Pero a todo, no sólo al guerrismo.

Es posible que a una conclusión parecida haya llegado el propio Felipe González, que quizás se ha asustado del sesgo dramático que habían adquirido la polémica y el enfrentamiento.

EL VERDADERO DEBATE.— Pero se ha asustado, después de ser él personalmente quien tensó el arco y puso las cosas al rojo vivo con la provocación de designar a Carlos Solchaga portavoz parlamentario y no digamos con la exclusión del Gobierno de cualquier lejano atisbo de guerrismo.

Me parto de risa ahora cuando oigo decir al presidente que el debate ha de ser de ideas, no de personas, y que en la dirección del partido hay que combinar la continuidad con elementos nuevos.

Me parto de risa porque las personas están siendo el factor sustancial de la presente crisis. Y porque la clara intención de González, Serra, Solana y otros importantes renovadores es barrer al guerrismo de la Comisión Ejecutiva del PSOE, como lo han barrido del Gobierno y de la dirección del Grupo Parlamentario.

Otra cosa es que González se aterrorizase en Brasil ante las posibles consecuencias del golpe de mano antiguerriista de Joaquín Leguina. No olvidemos que una buena parte del Grupo Parlamentario, como de la Comisión Ejecutiva, sigue siendo de obediencia guerrista. Nada más fácil que fulminar al flamante Gobierno boicoteando su acción desde el Parlamento.

Alfonso Guerra y sus más próximos colaboradores, tal vez con alguna excepción como la del presidente de la comunidad autónoma extremeña, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, están dando pruebas de una cierta serenidad, quién sabe si recordando los tiempos en que eran ellos los que tenían la sartén por el mango y lo mangoneaban todo, incluso a Joaquín Leguina, al que llegaron a atormentar con crueldad.

A lo mejor son ahora, paradójicamente, los guerristas los más interesados en que realmente se proceda a celebrar en el seno del partido un debate de ideas y no de personalismos.

CONTRA LA CONFUSION

Crítica constructiva y oposición leal

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

LAS relaciones establecidas voluntariamente entre seres libres parecen de porcelana. Basta dejar de atenderlas para que se rompan. Lo mismo ocurre a las cosas hechas por el hombre. La tendencia de lo físico a igualar las diferencias de potencial hace más fácil destruir que construir. Quien destruye va a favor de la corriente. Quien construye, la desafía. Pero la fragilidad de las construcciones varía según la participación que haya tenido en ellas la razón humana. Cuanto más racionales, cuesta menos esfuerzo destruirlas. No por ser más endebles o articuladas que las construcciones emocionales (un edificio supera la solidez y articulación de la familia que lo ocupa), sino porque están más alejadas de la fuente de la vida, por ser artificiales. La razón es producto y no causa de la vida, como el instinto. La energía orgánica surge cuando la materia vence, por azar y necesidad, su propensión a la igualdad, produciendo diferencias, estableciendo jerarquías, creando una tupida red de relaciones involuntarias y necesarias entre individuos de una misma comunidad. Cambiar un poco este orden orgánico, hacerlo menos espeso, abrir pequeños espacios de libertad a los miembros del grupo, ha pedido a la humanidad esfuerzos milenarios de civilización. Mientras el individuo siga perteneciendo involuntariamente a una comunidad, como está inscrito en su naturaleza, será mucho más difícil destruir o cambiar el orden político que conservarlo. La crítica constructiva, en materias morales, es un claro contrasentido. O no es crítica o es superflua. Cuando es sincera no traspasa el umbral del consejo conservador o asesoramiento a la duración de lo establecido.

La verdadera democracia está abierta a la crítica de sus enemigos. Tiene confianza en sí misma. Sucede lo contrario en las oligarquías, donde gobierno y oposición rivalizan en no dar lugar a la crítica de su régimen particular de poder. Esta preocupación les hace confundir la naturaleza de la oposición constitucional. Dentro de su sistema político, también vale el dicho de que sólo destruye quien construye y que para construir se necesita antes destruir. Este principio de la experiencia late en la exigencia constitucional de que las mociones destructivas de censura vayan acompañadas de alternativas constructivas de gobierno. El anuncio de la oposición parlamentaria de que su crítica será constructiva es una confesión de que no podrá, o no querrá, gobernar durante la nueva legislatura. Esta negación de sí misma proviene de su confusión sobre lo que es «oposición leal». ¿De qué sospecha se defiende una oposición que necesita declararse leal? Esta feliz expresión fue acuñada por Bolingbroke, durante el gobierno de Walpole —unido a los intereses del nuevo titular de la Corona británica—, para salir al paso de una creencia que le imputaba, a su feroz oposición al «government by corruption», la intención de derribar, con él, a la dinastía que lo apoyaba. La fórmula zanjó el tema: oposición destructiva al gobierno y «leal a Su Majestad». Después ha sido utilizada por los partidos sospechosos de que, llegados al gobierno, no serán leales a la Constitución. ¿De cuál de estas dos sospechas se quiere librar la «oposición constructiva» en España?

La situación económica y moral de España es más insana que la de los países de su entorno. Pero casi nadie quiere saber que es imposible ponerle remedio mientras sigan operando las causas subjetivas que no supieron prevenirla, y que ahora la acentúan. La responsabilidad del hombre que, por falta de carácter ante «los grandes», ha arruinado nuestra capacidad de producir, es menor que la de un régimen institucional avocado a defender las causas inferiores de la economía especulativa y a proteger la corrupción de los poderosos. Pecan de ingenuidad quienes imaginan que otros gobernantes, dentro del mismo Estado de partidos, habrían evitado la catástrofe. Como los árboles, cada forma de gobierno produce los frutos que le son propios. A los partidos oligárquicos, a la oligarquía de partidos, corresponde una política de reparto, especulación financiera y corrupción. Sólo la transformación de este régimen mezquino en democracia moderna puede abrir las puertas a la recuperación moral y a la economía productiva. Esta es la lealtad a la democracia y la crítica «constructiva» que debe hacer la oposición desde la sociedad, y fuera del Parlamento, al Estado de partidos. Para eso escribo.

e

El presidente se ha asustado del sesgo que ha adquirido la polémica, cuando fue él quien tensó el arco con la provocación de designar a Solchaga

rias que se están haciendo y diciendo.

Ha llegado un momento en el que ya no podemos despa- charlo diciendo aquello de que se trata de un asunto interno de los socialistas.

No. Se trata de un problema que a todos nos afecta, porque nos afecta la estabilidad del Gobierno de la nación. De manera que más valdría que todos se aplicasen en la búsqueda del consenso interior, ahora que tanto pregonan y cacarean el consenso con las otras fuerzas políticas y sociales.

Hay en el partido personajes que están demostrando más sentido común y más equilibrio que los grandes beligerantes,